

"No enviamos a nadie"

Por ANDREW MCCHESENEY

Durante cuatro años, Donaldo Velásquez visitó una cárcel colombiana todos los viernes para predicar sobre Jesús. Pero un viernes no pudo ir. Trabajaba como carpintero y un cliente necesitaba urgentemente su ayuda. Además, Donaldo necesitaba el dinero.

Sólo cuatro adventistas del séptimo día -Donaldo, otros dos miembros de la iglesia y su pastor- tenían permiso para visitar la prisión de Acacias, y Donaldo les pidió ayuda. "No, estoy demasiado ocupado", dijo Ranses. Pedro también dijo que no podía ir. El pastor se disculpó diciendo que estaba fuera de la ciudad.

Donaldo lloró y oró. Cuando su mujer, Jesusita, le preguntó qué le pasaba, le explicó que no quería faltar a la reunión con los presos, pero que tenía que trabajar. "Ve, haz tu trabajo", le dijo Jesusita. "Dios proveerá".

La siguiente vez que Donaldo visitó la prisión, 38 reclusos acudieron a oírle predicar. Le acompañaba otro miembro de la iglesia, Pedro.

"¿Dónde está el hombre que vino la última vez?", preguntó un preso. "No enviamos a nadie", respondió Donaldo.

"Sí", dijo otro preso. "Un hombre nos predicó".

"No, no enviamos a nadie", dijo Donaldo, y sugirió que tal vez el predicador había pertenecido a otra confesión.

"No, no", dijeron los reclusos. "Conocemos a todos los que tienen permiso para visitarnos. Este hombre nunca nos había visitado, y no era de otra iglesia".

Donaldo preguntó por el sermón del hombre, esperando una pista sobre su identidad. Los reclusos dijeron que había hablado sobre el séptimo día de reposo.

Asombrado, Donaldo preguntó: "¿Qué aspecto tenía?".

Los reclusos lo describieron como un hombre alto, bien vestido y con camisa blanca. Dijeron que conocía tan bien la Biblia que probablemente era profesor.

Pedro tocó el brazo de Donaldo. "Debe haber venido un ángel a predicarles", dijo. "Es la única explicación".

Donaldo, sin embargo, no estaba convencido. Se dirigió al funcionario de prisiones que registraba las visitas. El guardia, amigo de Donaldo, miró el registro del ordenador y negó con la cabeza. "Ese día no vino nadie", dijo.

Atónito, Donaldo exclamó: "¡Ahora no tengo duda de que el ángel del Señor vino a enseñar la Biblia en mi lugar!".

Al volver con los reclusos, les informó de que debían de haber visto un ángel.

Han pasado seis años, y casi todos los 38 reclusos han entregado su corazón a Jesús en el bautismo. Donaldo dice que nunca olvidará ese día.

"Aunque es una historia increíble, creo que Dios envió a su mensajero celestial", dijo.

